

Editorial

Un visitante de la ciudad de México en el siglo XIX

Manuel Quijano

La ciudad de México, centro geográfico y simbólico del país, sigue siendo llamada Muy Noble y Leal... olvidando sus transformaciones a menudo infaustas, por especulaciones inmobiliarias, contaminación ambiental, cambios de clima y movimientos telúricos. Hay una gran distancia entre la que quieren mostrar los versos de Bernardo de Balbuena que en el siglo XVI describen la traza y la arquitectura incipiente de la ciudad, aunque ignora a sus habitantes; entre la primavera eterna descrita por Cervantes de Salazar, a principios del XVII; entre la del «viajero has llegado a la región más transparente del aire» de Alfonso Reyes, y la megametrópolis que sufre y hace sufrir a 18 millones de seres que se amontonan en los vehículos de transporte, que conducen automóviles desafortunadamente, que esconde a miles de asaltantes, en donde se hacen manifestaciones por pretextos casi individuales y anodinos; ciudad que debemos soportar los que todavía guardamos energías para protestar íntimamente.

Con seguridad, durante los siglos XVII y XVIII, además de pequeña y no pasar de un poblado con algunos grandes monumentos (todos religiosos más un palacio virreinal), ciudad levítica como fueron Guadalajara, Morelia, San Luis Potosí y Puebla hasta hace unas cuantas décadas, era muy poco atractiva, insalubre, maloliente, con frecuentes inundaciones, habitantes miserables en su gran mayoría y ausente de la más elemental higiene. A principios del XX un poeta la llamó «ojerosa y pintada» porque le recordaba a las carretillas que transportaban a las sexo-servidoras de apenas unos años antes.

No obstante en el XIX había crecido bastante, y aunque en su primera mitad hubo un «cuartelazo político» por año y en sus mediados sufrió la presencia del ejército americano, vivió la Reforma, la guerra de tres años, la invasión francesa y el imperio, durante el último tercio se produjeron la restauración de la República, y en su sociedad se dio un cambio notable con abundancia de políticos inteligentes, profesionales destacados en todas las disciplinas, adelanto en la educación con una escuela Preparatoria muy formativa, artistas, teatros, cafés, corridas de toros y múltiples periódicos llenos de reseñas diarias.

Durante el último cuarto del siglo, la influencia francesa llegó a su culminación en el hacer de los poetas y novelistas, en la moda de vestir y de comer, en el estilo pictórico y escultórico, en la arquitectura y en las costumbres de la «gente

puddiente» y de los intelectuales que bebían mucho, incluyendo el ajeno, se inspiraban al novelar en Eugenio Sue y sus «Misterios de París», los escultores pueblan la Alameda con desnudos como el «Malgré tout», los grabadores deleitan a los curiosos con «Los mexicanos pintados por sí mismos» de Hesiquio Iriarte o «México y sus alrededores» de Casimiro Castro, que muestran escenografías, vestuario, edificios y personajes como el vendedor ambulante o el lépero, en deliciosa compañía con la señorita que no se baja del landó para no manchar la falda, los lagartijos que se empeñan en producir piropos ingeniosos y en no cometer indignidades como trabajar.

A fines de 1864 llega a México un joven a inscribirse en la preparatoria, pues su natal Saltillo fue ocupado por el ejército francés. Seguramente era —como todos los recién llegados que describe Guillermo Prieto— un «neófito encogido que hablaba de usted a los mozos de fonda» - pero en 1868 se inscribe en la Escuela de Medicina y en 1871 le dan una beca que incluye habitación en la propia escuela y alimentos. Se llama Manuel Acuña, romántico y enamorado, con arrestos de escritor; hace versos e inclusive dramas, y logró que representaran cinco veces su drama «El Pasado» que, en el periódico El Siglo, califican de joya y mencionan que al final de cada acto los actores fueron muy aplaudidos y al terminar hubo bravos y vivas para el joven autor escritor. No tarda mucho desde su llegada para que le empiecen a publicar poemas y comentarios de crítica en suplementos culturales y en hacer amistad con Juan de Dios Peza, Manuel M. Flores y otros que frecuentan el salón de una joven inteligente y culta, bella y segura de sí misma que responde al nombre de Rosario de la Peña, a quien el estudiante de medicina y poeta le dedica un Nocturno cuyo último verso de la primera estrofa dice: «te imploro y te hablo en nombre de mi última ilusión». La agraciada mujer, dos años mayor que él, se había movido siempre en los círculos altos de la sociedad pues su prima hermana se casó con el Mariscal Bazaine, vivía en la calle de Santa Isabel —donde ahora está Bellas Artes—, mantenía un álbum que autografiaron con cumplidos los escritores importantes; el de Nigromante dice: «Ara es este album/ esparcid cantores / a los pies de la Diosa / incienso y flores /. Desde los 18 años de edad fue cortejada y considerada una musa; el hombre a quien amó, Manuel M. Flores, un poeta del grupo, murió tempranamente y al final de su vida fue

objeto de murmuraciones a propósito del suicidio de Acuña, seguramente injustas, pero ella se mantuvo soltera hasta 1924, en que murió en Tacubaya.

El 6 de diciembre de 1873 llegaron temprano al área de disección de la escuela los doctores Luis Hidalgo y Carpio y Juan María Rodríguez con un Juez de lo criminal; en una mesa yacía Manuel Acuña. El Juez quería averiguar si la muerte se debió a un acto criminal y los médicos explicaron que «la bomba de aspiración gástrica había extraído un líquido de olor a almendras amargas que, al agregarle sesquióxido de fierro había virado al color azul de Prusia, típico del envenenamiento con cianuro»; que esa era una escena anticipada por el occiso al escribir el poema «Ante un cadáver» que circulaba en gacetillas por los cafés. El sepelio fue muy atendido por sus amigos y miembros de las sociedades científicas y literarias y en los días siguientes se publicaron varias reseñas del suceso, entre otros por Altamirano, todas lamentando la pérdida de una promesa literaria y preguntándose la causa del suicidio. Muchos aceptaron la especie de que había sido el rechazo de Rosario.

Ese, en todo caso, fue *uno* de los motivos, pues los románticos de entonces, aspiraban a consagrar ese instante supremo y padecían de la necrofilia heredada desde el Werther de Goethe. Dos semanas antes había escrito a su madre sólo quejándose de dificultades económicas, de la precaria comida y su humilde vestuario (pues, al parecer, se movía entre la gente bien de la ciudad). El día anterior paseó largamente con Peza, por la Alameda, estuvo frente a la casa de Rosario, tomó varias tazas de café y estuvo melancólico, mencionando el cuadro homónimo de Durero y recordando uno de sus primeros poemas: «valor para la muerte es lo que sobra / valor para la vida es lo que falta». Peza dice que en sus últimas horas anduvo caminando por la calle de la Perpetua solo, en la mañana, y que lo citó a la una en punto, pues si no ya no lo encontraría, regresó a su cuarto y, luego de asearse cuidado-

samente, ingirió el veneno. José López Portillo y Rojas que escribió sobre Rosario de la Peña menciona entre las causas del suicidio el temperamento melancólico, un disgusto profundo con la vida, desengaños amorosos, una desesperación muda y casi culpa directamente a la bella inspiradora del Nocturno.

Sin embargo, en una entrevista años más tarde ella aclara que ella amaba a otro hombre, el poeta Flores quien no sospechaba tener un rival en su amigo Acuña. Que si ella fuese una de tantas mujeres vanidosas, daría pábulo a la leyenda con fingidas muestras de pena y que siempre supo que para los románticos no existe mayor atractivo que una pasión trágica. «Sé que renuncio con mi franqueza a la admiración de los tontos pero no puedo ser cómplice de un engaño. Es verdad que Acuña me dedicó su Nocturno, que conservo el original como un preciado tesoro, pero también es verdad que todo ello es sólo un pretexto, inventado por algunos, para justificar su muerte».

En su ciudad natal le levantaron un monumento realizado por el escultor Contreras —que hizo el «Malgré tout» y un conjunto alegórico para el Pabellón de México en la Exposición de 1900 en París—, en que un ángel a punto de emprender el vuelo, levanta la mano derecha mientras que con la izquierda consuela a una mujer joven agónica, supuestamente representando la lucha entre el placer terrenal y la gloria que se remonta al cielo. Tal vez hubiese sido mejor grabar unos versos de su poema «El Hombre»:

Decídselo a la nada
Que ella, tal vez, sabrá cuál fue la cuna
De ese arcángel vestido con harapos
A que llamamos hombre.

Nota: La mayor parte de la información factual fue tomada del libro *Elogio de la Calle*, de Vicente Quitarte